

“Para el puente el cielo y para el hombre la tierra”. La ciudad moderna y la mirada del cronista en *Escenas norteamericanas*

María Sofía Marturet¹

Estudiante de Letras, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
 Universidad Nacional de La Plata, Argentina

sofia.marturet@gmail.com

Recibido abril 2023, aprobado junio 2023

Resumen: en las crónicas “Coney Island” y “El puente de Brooklyn” de José Martí, analizaremos las formas de caracterización de sujetos y objetos, su efecto en la construcción poética, de qué modo el autor cuestiona quiénes son responsables de la modernización y plantea interrogantes sobre sus consecuencias. Exploraremos la dicotomía que propone el autor entre personas y objetos –donde estos últimos se personifican– y cómo exhibe desconfianza hacia la cotidianidad urbana, las instituciones responsables de la modernidad y el vínculo de los individuos con su entorno cambiante. De este modo, veremos cómo Martí aborda los aspectos problemáticos de los desarrollos contemporáneos y genera una mirada crítica hacia los procesos de transformación sociocultural.

Palabras clave: modernidad, crónicas martianas, ciudad moderna, sujetos inanimados, objetos animados, caracterización.

Introducción

En el siguiente trabajo, analizaremos las distintas formas de caracterización de los sujetos y los objetos en las crónicas “Coney Island” y “El puente de Brooklyn” de José Martí. Por un lado, describiremos cuáles son los atributos que se aplican a los seres tanto animados como inanimados y, por otro, evaluaremos cuál es el efecto generado dentro de la construcción poética de Martí. Consideraremos las posturas de Ángel Rama, que dialoga con la metodología discursiva de Martí en tanto “hombre encabalgado sobre épocas distintas” (2015, p. 6); de Fina García Marruz (1981), que retoma la influencia de los recursos poéticos presentes en las crónicas martianas; de Rafael Rojas

¹ Con aval del Dr. Martín Felipe Castagnet, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

(2008), que narra la vivencia política de este autor en territorio extranjero e imperialista; de Julio Ramos (1989), que rescata el sentido retórico de la decoración de la ciudad en las crónicas, y, por último, de Marshall Berman (1991), que describe la experiencia de la modernidad.

En este sentido, partiremos de la hipótesis de que, en “Coney Island” y “El puente de Brooklyn”, la oposición entre los sujetos y la ciudad moderna puede entenderse como un método para abordar las responsabilidades del proceso de modernización. Sostenemos que Martí examina críticamente a quienes son considerados responsables de impulsar y dar forma a la modernidad y cuestiona la relación entre los individuos y los cambios socioculturales que se producen en el entorno urbano. A través de la personificación de los objetos y la descripción de las transformaciones de la ciudad, Martí plantea interrogantes sobre las consecuencias de estos desarrollos y desafía, así, las narrativas convencionales sobre el progreso en el contexto de la época.

En cada una de estas crónicas existe una clara dicotomía entre las personas y los objetos, tanto si se trata de elementos como un puente o el pueblo de Gable en su totalidad. En el caso de “Coney Island”, según el grupo social del que se esté hablando, se puede hacer referencia a las cosas como animales o caracterizarlas como monstruos que se enfrentan a los pueblos, los edificios y los medios de transporte, dioses mitológicos o gigantes con anatomía humana. En esa misma línea, en “El puente de Brooklyn”, el personaje principal (el puente mencionado) también cuenta con una narración mitológica y religiosa sobre su creación y funcionamiento; sin embargo, en lo que se refiere a las personas, su descripción se reduce a la de insectos u objetos olvidados en el proceso de construcción de la ciudad.

Desestabilización y desconfianza en la cotidianidad urbana: líneas generales de las crónicas de José Martí

Consideraremos en primer lugar a la voz narradora. En ambas crónicas, es posible ver una primera persona del plural, un *nosotros* que no explicita en ningún momento a quién incluye. Podría tratarse del lector, que se supone que queda excluido de los demás sectores sociales que se describen en los textos; es decir, los trabajadores, los inmigrantes y los ricos. Podríamos afirmar que el narrador también se excluye de las escenas que ilustra, ya que es posible identificar momentos en los que busca a sus lectores para conducirlos a los hechos, tal como se ve en “El puente de Brooklyn”: “de la mano tomamos a los lectores de *La América*, y los traemos a ver de cerca” (Martí, 2003, p. 168). Esta primera separación podría explicarse con lo que

Rojas señala sobre la mirada del otro, que “desestabiliza las identidades del sujeto y del objeto, [y] descentra tanto a quien mira como a quien es mirado” (2008, p. 38); inestabilidad que puede interpretarse como un signo de desconfianza respecto de la cotidianidad de Coney Island o del puente de Brooklyn. Esta idea de desestabilización propuesta por Rojas se puede aplicar a ambas crónicas, al analizar cómo estas narrativas cuestionan y ponen en tela de juicio aspectos fundamentales de la vida diaria urbana y de los procesos de la modernidad.

En primer lugar, la desestabilización se refiere a la manera en que Martí presenta a estos ambientes urbanos como escenarios donde se producen transformaciones significativas. Dichos espacios se convierten, así, en símbolos de la modernidad y representan el cambio acelerado y la transición hacia una nueva era. Sin embargo, a través de su descripción poética y a veces irónica, Martí pone en evidencia los aspectos problemáticos y cuestionables de estas modificaciones.

En cuanto a la desconfianza, se dirige a varios actores y elementos: Martí cuestiona la confiabilidad de lo cotidiano en estos ambientes neoyorquinos, al mostrar cómo los elementos naturales y las construcciones humanas pueden resultar efímeros y frágiles y al hacer alusión a una falta de estabilidad en el entorno urbano en constante cambio.

En resumen, la desestabilización y la desconfianza se manifiestan en las crónicas de Martí al cuestionar la fiabilidad de los elementos habituales en la urbe, de las instituciones responsables de la modernización y la conexión de los individuos con su entorno cambiante. Martí invita a los procesos de transformación sociocultural, reflexionar sobre los efectos y las implicaciones de la modernidad y genera una mirada crítica hacia los procesos de transformación sociocultural.

Coney Island: naturaleza, espíritu y la devastación de la modernidad

En “Coney Island” se enfrenta la naturaleza, en alianza con el espíritu, contra la esencia mística y sobrenatural de la isla. Desde el primer párrafo se anticipa esta analogía de los hombres de Nueva York, al preguntarse si “hay o no en ellos falta de raíces profundas” (Martí, 2003, p. 33); inmediatamente después, se presenta a la nación como un monstruo colosal, portador de entrañas. Tal como mencionamos anteriormente, la caracterización de los seres humanos con imágenes de animales funciona como estrategia para demostrar cómo la modernidad atenta contra las nociones de naturaleza y espíritu. Entonces, la concatenada ilustración de personas con características animalizadas

refuerza esta idea de sometimiento a la naturaleza que se estaría llevando a cabo en pos del progreso.

De esta manera, podemos leer en la crónica una escena sobre niños en la playa de Manhattan *volviendo en bandadas* y entrando o saliendo como *mariposas marinas*, con una *flaca naturaleza* capaz de herirse ante el aire penetrante del mar. En el camino pasan a formar parte de la *muchedumbre*. Este concepto de la multitud aparece varias veces a lo largo de ambas crónicas, siempre como un objeto que se mueve en bloque, de manera homogénea, como si se tratase de ganado o como si conformase una alfombra. Al crecer, esta muchedumbre puede pasar a formar parte de los *monstruos humanos* exhibidos en Gable, que –podríamos interpretar– representan al mercado, los inmigrantes o los trabajadores rurales. No obstante, la descripción de “monstruos humanos, peces extravagantes, mujeres barbudas, enanos melancólicos, y elefantes raquíticos” (Martí, 2003, p. 34) podría corresponder a un circo o, precisamente, a los sectores bajos de la sociedad, ya que parte de la retórica del consumo que explica Ramos (1989) consiste en la estilización de los signos amenazantes de la modernidad, que pasan a conformar un espectáculo pintoresco.

A la descripción de los distintos pueblos de la isla le sigue la distinción de los mismos. En este apartado, además, el narrador retoma la noción del espíritu, vuelve a incluir al *nosotros* e indica que, por un lado, estos pueblos parecen encontrarse *devorados por un sublime demonio interior* y que, por otro lado, se mantienen en una búsqueda cíclica de un ideal. Continuando con la lógica de los animales, esta búsqueda es representada por un águila que, tras alcanzar su presa, se metamorfosea en una mariposa en busca de un nuevo objetivo. En contraposición, parecen existir los *espíritus tranquilos*, los hombres de los pueblos hispanoamericanos que, aparentemente libres de estos demonios, sucumben ante la tristeza y la melancolía:

La nostalgia de un mundo espiritual superior los invade y aflige; se sienten como corderos sin madre y sin pastor, extraviados de su manada; y, salgan o no a los ojos, rompe el espíritu espantado en raudal amarguísimo de lágrimas, porque aquella tierra está vacía de espíritu.
(Martí, 2003, p. 37)

Así como la humanidad parece cada vez más devastada, los paisajes de la isla se enaltecen en simultáneo por fuerza divina. Al comienzo, podemos

identificar cómo los periódicos hablan del *empuje hercúleo* de Coney Island, en donde el pueblo de Rockaway “ha surgido, como Minerva, de casco y lanza, armado de vapores, plazas, muelles y orquestas murmurantes” (2003, p. 34) y Gable posee un ascensor “dos veces más alto que la torre de nuestra Catedral” (p. 34) –una vez más, el proceso modernizador que atenta contra el espíritu–. Luego lo urbano toma entidad, al mencionar que “van y vienen vapores; pitan, humean, salen y entran trenes; vacían sobre la playa su seno de serpiente, henchido de familias” (Martí, 2003, p. 35). Por último, de noche, el escenario de luces parece animado por “espíritus superiores inquietos, como espíritus risueños y diabólicos que travesearan por entre las enfermizas luces de gas” (2003, p. 39) y por los trenes, encarnaciones de monstruos que, “animados por arpas y violines”, llevan a la muchedumbre en “vías que atraviesan, como venas de hierro, la dormida Nueva York” (2003, Martí, p. 39).

El puente de Brooklyn: personificación y transformación en la modernidad

En la segunda crónica, “El puente de Brooklyn” se acentúa esta personificación de los objetos. Aquí, desde un primer momento, son las torres, las estatuas y el puente quienes parecerían moverse por sí solos. Al introducir al puente que une Brooklyn y Nueva York, el autor menciona que “en piedra y acero se levanta [énfasis agregado] la que fue un día línea ligera en la punta del lápiz de un constructor atrevido” (Martí, 2003, p. 168). Con este movimiento, se establece una relación entre el objeto creado y su creador, de manera que el primero refleja las características del segundo. Podemos explicar esto con lo que enuncia Rama (2015) acerca del concepto de *modernidad* que debió forjar Martí para reinterpretar sus fenómenos:

Mediante el funcionamiento del simbolismo, de las analogías y la concentración mística se vuelve a salvar el principio de unidad irrefragable sin tener que pasar por la materia, la lógica y la ciencia empírica ... Con ello queda consolidada la importancia capital de esta operación unificante para el espíritu de la modernidad. (pp. 11-12)

Esta última oración podría justificar que, hacia la mitad de la crónica, Martí concluya que “todo organismo que invente el hombre, y avasalle o fecunde la tierra, esté dispuesto a semejanza del hombre” (2003, p. 174). Sin embargo, más allá de las descripciones cargadas de imágenes mitológicas

–“quedan siempre delante de los ojos, como zapadores del universo por venir ... aquellas cuatro colosales boas” (2003, p. 172); “¿quién sacó el agua de sus dominios y cabalgó sobre el aire, y dio al hombre alas?” (p. 173) sobre los cables que sostienen el puente; “yacen, rematadas por delgados dientes, como cuerpo de pulpo por sus múltiples brazos, o como estrellas de radios de corva punta” (p. 173) sobre sus torres– hay una salvedad que realizar: todo lo construido ha sido hecho por el ser humano y, lejos de tratarse de divinidades griegas, las construcciones se sustentan sobre la base de sus trabajadores.

De esta forma, aunque Martí utiliza alegorías míticas y metafóricas para describir el paisaje urbano, a su vez afirma la necesidad de tener en cuenta que dichas estructuras son producto del esfuerzo y la dedicación de personas. El autor enfatiza que todo lo hecho en Nueva York está respaldado por el trabajo humano; lo despoja, así, de la divinidad y reconoce la labor de aquellos que participan en la materialización de las obras. Esta perspectiva pone de manifiesto la relevancia de los operarios como actores fundamentales en el proceso de urbanización y modernización de las ciudades. Son ellos quienes llevan a cabo las tareas físicas y técnicas necesarias para erigir los edificios, puentes y otras estructuras que conforman el entramado de la urbe; su esfuerzo y dedicación son indispensables para convertir las ideas y los diseños en realidades tangibles. Además, al resaltar el papel de los trabajadores, Martí también puede estar aludiendo a la importancia de su bienestar y condiciones laborales justas: la construcción de la ciudad moderna no debe pasar por alto los derechos y la dignidad de aquellos que contribuyen con su labor.

En este sentido, el recurso que utiliza “El puente de Brooklyn” para brindar magnitud a sus descripciones se corresponde con lo que García Marruz denomina como saltos de irrupción poética: en un primer momento, se muestra un objeto a la pura luz física y luego se lo muestra en luz de gloria, de modo que “ese salto de un orden de realidades a otro, que parece romper la causalidad natural, del discurso, da a veces un grado enorme de irrupción poética a lo que escribe” (García Marruz, 1981, p. 219). Esto indicaría por qué, al hablar de la Estatua de la Libertad, el narrador le atribuye características de una diosa griega: “la Libertad es la madre del mundo nuevo ... Y parece como que un sol se levanta por sobre estas dos torres” (Martí, 2003, p. 168).

Sin embargo, retomando lo mencionado, la voz narradora no deja de lado a los trabajadores. Al describir el puente en una instancia anterior, se mencionaban los movimientos que este hacía, desde levantarse y juntarse hasta quedar sepultado y morir; del mismo modo, las personas se describían como seres que se movilizan bajo el rótulo de la *muchedumbre*, sin entidad relevante. Pero, al mencionar la caja submarina que compone al puente, el

narrador da cuenta de los obreros (los hombres de granito) que han quedado sepultados en la construcción de la obra. Entonces, este *monstruo mitológico*, que sería el estandarte de unión entre dos territorios, se construye a partir del “cajón que con su entraña de hombres se iba hundiendo, la torre que con su pesadumbre de granito, se iba levantando” (Martí, 2003, p. 176). El escenario queda decorado por Martí, el escritor modernista que, como *maquillador*, adorna y revela el peligroso rostro de la ciudad.

Esta urbe en proceso de modernización, en los términos detallados por Marshall Berman (1991), cargada de “procesos sociales que dan origen a esta vorágine (la de la vida moderna), manteniéndola en un estado de perpetuo devenir” (p. 1), es la que Martí elige para pedir una renovación de esencias. Este movimiento, entre el disfraz, la personificación y la teatralización, fue lo que utilizó Martí para dar cuenta de cómo estaba cambiando el mundo y cómo este, a su vez, transformaba a los sujetos y a los objetos.

Es a partir de este disfraz poético donde el autor permite visualizar tanto la grandiosidad y la conexión entre territorios que representa el puente como los sacrificios y los peligros que conlleva su construcción. Su propósito es crear una imagen impactante y evocadora que transmita una crítica hacia la modernización y los mecanismos que la impulsan. A través de esta figura retórica, se exploran los límites entre lo real y lo artístico y se destaca la importancia de una mirada crítica y reflexiva sobre los desarrollos sociales y culturales que configuran la ciudad y cambian a sus habitantes.

Conclusión

En resumen, las crónicas “Coney Island” y “El puente de Brooklyn” de José Martí exploran la dicotomía entre los sujetos y la ciudad contemporánea y cuestionan la responsabilidad de la modernización y sus consecuencias socioculturales. A través de la desestabilización y la desconfianza, Martí reflexiona sobre la confiabilidad de lo cotidiano en la urbe, las instituciones y figuras responsables de la modernidad y la conexión de los individuos con su entorno cambiante. En “Coney Island”, Martí enfrenta la naturaleza y el espíritu contra la esencia sobrenatural de la isla y destaca cómo la modernidad amenaza el vínculo con estos elementos; la caracterización de los hombres como animales y la descripción de la isla como un monstruo colosal resaltan la paradoja de un país que busca el progreso a expensas de su filosofía y poesía refinadas. Asimismo, en “El puente de Brooklyn”, Martí personifica los objetos, lo que enfatiza la relación entre el creador y su creación: el puente y sus torres parecen cobrar vida propia y reflejan las características de su

constructor. Esto refuerza la idea de la importancia de la unificación en el espíritu de la modernidad.

En general, las crónicas de Martí plantean interrogantes sobre la participación y las consecuencias de los procesos modernizadores y desafían las narrativas convencionales en el contexto de la época. A través de su estilo poético e irónico, Martí revela los aspectos cuestionables de su contemporaneidad e invita a una reflexión crítica sobre las transformaciones socioculturales. En definitiva, sus crónicas son una llamada a repensar los ideales y efectos de la modernidad y buscar un equilibrio entre el progreso material y la preservación de los valores espirituales y naturales.

Referencias

- Berman, M. (1991). Introducción. La modernidad: ayer, hoy y mañana. En *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI.
- García Marruz, F. (1981). La prosa poética en Martí. En C. Vitier y F. García Marruz, *Temas martianos*. Ediciones Huracán.
- Martí, J. (2003). “Coney Island” y “El puente de Brooklyn”. En *Escenas norteamericanas*. Editorial Arte.
- Rama, A. (2015). La dialéctica de la modernidad en José Martí. En J. Ramos y M. F. Pampín (Selecc.), *Martí modernidad y latinoamericanismo*. Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Rojas, R. (2008). Martí en las entrañas del monstruo. En *José Martí: la invención de Cuba*. Editorial Colibrí.
- Ramos, J. (1989). Decorar la ciudad: crónica y experiencia urbana. En *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. FCE.